

J. M. † J. T.

Frailes Carmelitas Descalzos
Carmelitas Descalzas
Carmelo Seglar
Familia del Carmelo Teresiano en la Provincia

Hermanos, hermanas:
¡Os saludo con la Paz que nace del Corazón de Jesús!

Espero que todos hayan descansado merecidamente con sus familias o en el propio convento o monasterio, según cada cual. En breve comenzaremos las tareas ordinarias de trabajo y servicio pastoral en cada una de nuestras presencias: unos en la labor apostólica, otras en la vida contemplativa del claustro, otros en los trabajos familiares y civiles... El mes de octubre, misionero y teresiano, se presenta cargado de celebraciones que enriquecen el calendario litúrgico mariano y carmelitano. Que esta sea una ocasión verdaderamente memorable para todos y cada uno de nosotros cuando, juntos, como Iglesia de Cristo, lo seguimos, caminamos juntos y vivimos en el seno de esta familia contemplativa y misionera.

El difunto Papa Francisco al convocar el jubileo del 2025 nos invitaba a “mantener encendida la llama de la esperanza que nos ha sido dada, y hacer todo lo posible para que cada uno recupere la fuerza y la certeza de mirar al futuro con mente abierta, corazón confiado y amplitud de miras”. También Nuestra Santa Madre nos invita a mantener esta tensión hacia el futuro, “ansiosa de verte, deseo morir”.

La vida cristiana para la Madre Teresa es carrera, es lucha, es meta...: “caminemos para el cielo, / monjas del Carmelo”. Para hacer el camino se requiere una “grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo...” (Cv 21, 2).

Ese ansia, ese caminar no tiene otra finalidad que “gozar de la vida verdadera”, que se identifica con el Señor, con Dios.

La esperanza, que no es una virtud pasiva, sino dinámica, activa y con visión de futuro, es camino abierto a la vida y a la salvación, no queda limitada a este mundo, sino que está orientada a la comunión plena con el Señor: “tengan gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que acá les

da a sorbos” (Ce 55,3). La esperanza se refiere al futuro, a la bienaventuranza, pues, como nos recordaba el Concilio Vaticano II, la historia de la humanidad, la de cada uno de nosotros, “no corre hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que está orientada hacia el encuentro con el Señor de la gloria”. La esperanza hace del cristiano una persona optimista con relación al mundo, “no tengáis miedo, yo he vencido al mundo”. La esperanza, el sentido de lo posible, en cuanto nos ayuda a comprender que con Dios todo es posible, nos hace sentir gozosos, sufridos en medio de las tribulaciones, constantes en la oración. Nos ayuda a afrontar con serenidad la muerte, algo que a veces ocultamos y de lo que no hablamos, y en este sentido nos ayuda a comprender que el ser humano no va rumbo a la muerte, a la nada, al vacío, sino a la plenitud, sino a la vida, que se identifica con el mismo Dios.

El Papa Benedicto XVI nos recordaba que, en la sociedad y cultura de hoy, no es fácil vivir bajo el signo de la esperanza cristiana. En una sociedad, y en una cultura marcada por un relativismo invasor y a menudo agresivo parecen faltar las certezas fundamentales, los valores que dan sentido a la vida. Evangelizar nunca fue fácil, y hoy parece ser cada vez más difícil. Cuando existe una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, en última instancia, de la bondad de la vida, se hace difícil transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles sobre los que se puede construir la propia vida”.

La vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos comporta estar unidos en comunidad, que no quiere decir estar encerrados en el propio “yo”, personal o comunitario. Y desde la comunidad estar abiertos al pueblo de Dios, a la familia humana. Así nos lo piden nuestras Constituciones al afirmar que, en fidelidad a nuestro carisma, y “mientras aguardamos con fe la dichosa esperanza, la venida del Señor..., que a la tarde nos examinará en el amor”, debemos “mostrarnos serviciales al Pueblo de Dios.” (Const., epílogo).

Necesitamos creer y esperar que el futuro del mundo pertenecerá a aquellos que sepan vivir, sentir y ofrecer una más viva y gozosa esperanza, resistiéndose a instalarse en un presente teñido de desesperanza como algo definitivo.

Se nos pide dar razón de nuestra esperanza, lo cual implica antes que nada tenerla y haberla hecho vida. Dar razón de nuestra esperanza implica dar a luz lo que llevamos dentro, dar lo que tenemos, testimoniar lo que da sentido a nuestra vida. Y no podemos dar razón de la esperanza si no sentimos en lo más hondo de nuestra existencia la luz de las promesas de Dios.

En la oración, donde el encuentro con Cristo se exprese no solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración,

la esperanza cristiana debe crecer en nosotros, y con la esperanza crecerá el amor a Dios y al prójimo.

El Papa Francisco eligió como lema del año jubilar *Peregrinos de la Esperanza*, lo cual “será posible si somos capaces de recuperar el sentido de la fraternidad universal, si no cerramos los ojos ante la tragedia de la pobreza galopante que impide a millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños vivir de manera humanamente digna”. Esto nos debe llevar a pensar que nuestra vida debe ir acompañada de un testimonio consecuente. No hay verdadero testimonio cristiano ni carmelitano sólo desde la teoría, desde el ámbito del conocimiento, las ideas terminan siendo problemáticas, “sólo el amor no es un problema para quien lo vive”. Por eso todas nuestras afirmaciones deben ir acompañada de una confesión de vida, ya que, como afirmaba el Papa Pablo VI: “Los hombres de nuestro tiempo el lenguaje que mejor entienden es el del amor”.

Nuestra Santa Madre nos invita: “poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco; si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras?” (MV 4,8). Lo que más se valora es el testimonio de vida, por eso, ser testigos de la bienaventuranza final supone vivir la esperanza que brota de la experiencia de amor inquebrantable de un Dios encarnado en la realidad humana hasta las últimas consecuencias: “obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y, si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma; no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Ésta es la verdadera unión con su voluntad; y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti. Esto, a la verdad, fácil es; que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar” (M6 4, 11).

Nos recuerda que en el camino que lleva a la vida “no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéremos hacer por un Dios que así se quiere comunicar a un gusano! Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos?, ¿en qué nos detenemos?, ¿qué es bastante para que un momento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la esposa por barrios y plazas?” (M6 4, 19). Nuestra vida marcada por la pobreza evangélica, las formas exteriores de vida, la sencillez y humildad, la propia desnudez espiritual, a la vez que son “ejercicio y testimonio de la dichosa esperanza”, nos liberan para anhelar las realidades celestiales.

Nuestras Constituciones afirman que “estamos llamados a la oración”, que se “ha de nutrir de la fe, la esperanza y sobre todo la caridad divina”, y que “nos conduce al trato de amistad con Dios, no sólo cuando oramos, sino cuando vivimos” (Const, 15c). En la oración nos abrimos y nos dirigimos a Aquel que es el origen y el fundamento de nuestra esperanza porque en la oración, el Señor aumenta nuestro deseo y dilata nuestra alma, haciéndonos

más capaces de acogerlo en nosotros. En la oración nos exponemos a la mirada de Dios y ante ella caen las mentiras y las hipocresías y aparece la verdad de nosotros mismos y la verdad de los acontecimientos: “Andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiéremos, en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotras lo que es nuestro” (M6 11, 6).

El difunto Papa Francisco nos invitaba a no resignarnos a un presente teñido de desesperanza como algo definitivo. Nosotros que, como familia carmelitana, nos hemos comprometido a vivir en obsequio de Jesucristo, creamos que nuestra vida tiene sentido, y esperemos que la victoria final, la definitiva, que será la victoria del perdón, de la compasión, de la ternura, de la verdad, de la honradez, de la generosidad, del compartirlo todo como hermanos, de la solidaridad y del amor entre todos los hombres, será la victoria de nuestro Dios.

Ánimo en el inicio del curso pastoral y escolar a las comunidades dedicadas más directamente a tareas parroquiales y docentes; para todas las comunidades seculares, de frailes y monjas, os deseo una feliz y plena fiesta de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en este mes de octubre, mes misionero, inaugurado con la fiesta de Sta. Teresa de Lisieux y bajo el patronazgo de la Virgen del Pilar, Madre de la Esperanza; sigamos caminando con alegría tras las huellas del Salvador y contagiemos a los que se encuentren con el entusiasmo y el testimonio de nuestra fe.

Como decía el Santo Padre León XIV a los jóvenes reunidos en Tor Vergata: “Mantengámonos unidos a Él, permanezcamos en su amistad, siempre, cultivándola con la oración, la adoración, la comunión eucarística, la confesión frecuente, la caridad generosa...”. Como nos enseña el recién canonizado San Carlo Acutis invitándonos a aspirar a cosas grandes, a la santidad, allí donde estemos. No nos conformemos con menos. Entonces veremos crecer cada día la luz del Evangelio, en nosotros mismos y a nuestro alrededor.

Fr. Francisco Sánchez Oreja ocd

14 de septiembre de 2025
Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz